

Universidad Metropolitana de Monterrey

Ángel Giovanni Arriaga Ortiz

Derecho, 3A matutino

Análisis y elaboración de textos

Profesor: Jorge Armando Ramírez

### **Letras que pesan**

Faustino y Graciano no se conocían, pero sus vidas estaban conectadas de cierta manera. Uno era cajista y creaba los libros, y el otro las vendía, guardaba y atesoraba.

Graciano era una persona tranquila, que amaba los libros y los coleccionaba, hasta que un día causó la muerte de don Félix, el relojero, lo que lo sumergió en una profunda depresión por la culpa que sentía. Sólo le había quedado como recuerdo un reloj dorado que no marcaba la hora, como si el tiempo se hubiera detenido al igual que la vida de don Félix.

Por otro lado, Faustino era alguien que sabía leer y escribir porque su padre, que era una persona analfabeta, no quería que su hijo fuera como él. Cuando Faustino culminó los estudios, su padre lo puso a trabajar en una imprenta, en donde se desempeñó como cajista. Sin embargo, al poco tiempo de haber ingresado, llegó un poetista de apellido Zárraga, un tipo que estaba protegido porque era sobrino de la esposa del editor, así que básicamente era intocable. Sus poemas eran ilegibles, al punto de que Faustino tenía que armarse de paciencia para lograr entenderlos. Para colmo, a Zárraga no le gustaba que Faustino le pidiera correcciones.

Un día, Faustino, por casualidad, llegó a la librería de Graciano. A pesar de que ambos eran muy reservados, llegaron a congeniar muy bien; tal vez fueron sus gustos literarios parecidos o quizá que los dos estaban pasando por situaciones complicadas.

Pronto empezaron a pasar tiempo juntos. Graciano visitaba a Faustino en la imprenta para charlar con él y conocer el proceso de creación de los libros.

En una de esas visitas, Zárraga, el poetista, se presentó enfurecido en la oficina de Faustino para reclamarle por la corrección solicitada en el último de sus poemas. Le lanzó insultos y menospreció el trabajo de Faustino. Incluso llegó a darle un golpe en la nariz, lo que molestó muchísimo a Graciano, quien, al ver que Faustino no se defendía, tomó la caja con las letras metálicas y de manera impulsiva golpeó con ella a Zárraga en la cabeza.

Graciano y Faustino se quedaron paralizados, mirándose a los ojos. ¿Qué habían hecho? Acababan de asesinar a Zárraga. Faustino, asustado, comenzó a pensar en una posible solución. Graciano, aún congelado, susurró: “Llémoslo a la librería. Nadie sabrá lo que pasó”. Faustino, aunque incrédulo, asintió con la cabeza.

Por la noche, cuando ya todos se había ido de la imprenta, colocaron el cuerpo de Zárraga en un cofre y lo llevaron directamente a la librería. Con el miedo encima, tan sólo pretendían ocultar el crimen, así que llenaron el cofre con libros viejos y lo pusieron detrás de un altar que Graciano tenía para don Félix. Después de todo, ¿quién pensaría en buscar ahí? ¿Quién buscaría el cuerpo de Zárraga detrás del altar con el reloj de don Félix? ¿Y quién pensaría que Graciano y Faustino serían capaces de hacer algo así?

Por alguna razón, nadie pensó que algo malo pudiera haberle pasado a Zárraga. Tal vez por su inusual comportamiento, a nadie le extrañó su ausencia. Nadie lo buscó.

En cuanto a Graciano y Faustino, siguieron su vida normal, aún más unidos que antes, aunque ahora los acompañaba un raro olor, un olor a cadáver. A los clientes de la librería que llegaban a preguntar por el extraño aroma, ellos les aclaraban que no era más que el clásico olor a “libros viejos”.

Basado en los cuentos *El cajista* y *El librero*.